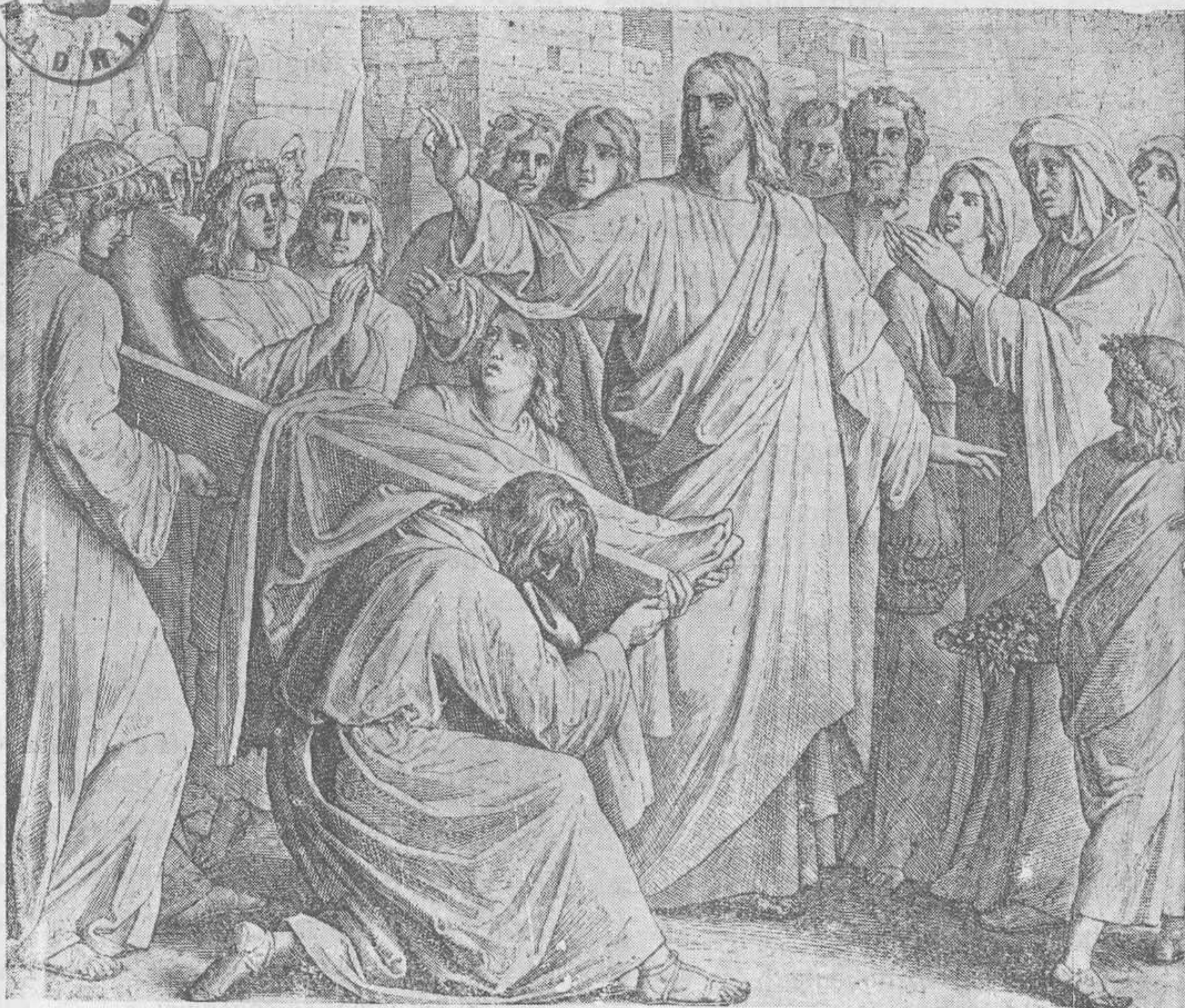


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 12 DE JULIO DE 1931

NUM. 28



JESUS RESUCITA AL HIJO DE LA VIUDA DE NAIN

Sucedió que estando Jesús en camino para una ciudad llamada Nain, seguido de muchos de sus discípulos y de un gran gentío, al acercarse ya a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, e

iba con ella gran acompañamiento de personas de la ciudad.

Así que el Señor la vió, movido a compasión, le dijo:

«No llores.» Acercóse en seguida y tocó el ataúd, y habiéndose parado los que lo

llevaban, dijo: «Mancebo, a tí digo, levántate.» Y él se sentó y comenzó a hablar, y Jesús le entregó a su madre.

Todos quedaron penetrados de temor, glorificaban a Dios, diciendo:

«Que un profeta se ha levantado entre nosotros, y que Dios ha visitado a su pueblo.»



LA MUERTE Y LA MARIPOSA

Junto al tronco derribado
del árbol de un cementerio,
en apartado misterio
crece un rosal delicado.

El aroma de la rosa
que lleva el aire en su giro,
atrae a su retiro
a una errante mariposa.

Allí, en torno de la flor,
revolando alegre advierte,
que es el jardín de la muerte,
que es la mansión del dolor.

Quiere huir, mas de repente
vaga sombra misteriosa,
alzándose de una fosa
la llama con voz doliente.

y la dice: «—Ten el vuelo,
mensajera del amor,
en la mansión del dolor,
del llanto y del desconsuelo.

Deja de vagar ufana,
descuidada de tu suerte,
que soy la implacable muerte
que debe herirte mañana.»

Parando entonces el vuelo
sobre el cáliz de la rosa,
contestó la mariposa
alzando la vista al cielo:

«—¿La muerte? ¡Nunca me aterra
esa palabra temida,
que hallé en la muerte la vida,
gusano vil de la tierra!

Yo viví lánguida y triste,
pobre larva, masa inerte;
morí, mas me dió la muerte
el ser que mi ser reviste.

Sentí acabarse mi vida
en un sepulcro encerrada;
mas renací de la nada,
de ricas galas vestida.

Y conocí que en el mundo
no hay muerte, transformación,
que guarda de redención
el misterio más profundo.

Y el que hoy se oculta en la fosa
y deja la forma humana
se alzaré vivo mañana,
árbol, ave o mariposa.

Y en esa eterna cadena
el ser jamás se consume;
quizá mañana perfume
seré de blanca azucena.

Y no tiembla mi humildad
al amago de la suerte,
que vuelvo a entrar con la muerte
de vida en la eternidad.»

La mariposa calló,
alzándose con la brisa,

y una apacible sonrisa
el espectro dibujó.

V. RIVA PALACIO



R U Z A F A

Ningún rey de Castilla alcanzó quizás una popularidad tan grande como don Pedro I, el Cruel, según unos, y según otros el Justiciero.

Hallábase don Pedro I en Burgos y honraba con su confianza a un rico judío llamado Abel Ruzafa el cual por aquel entonces ejercía el peligroso cargo de tesorero particular del monarca de Castilla.

Un día, después de haber tenido una conferencia con don Pedro en la cual éste no había quedado completamente complacido de su tesorero, avisan a Abel Ruzafa que su casa está rodeada de soldados y que el que los manda desea hablarle en el acto, de orden del soberano.

Temeroso el judío corre al encuentro del jefe, el cual, por fortuna suya, reconoce a don Diego Sahagún, enamorado galán y rendido amante de Rebeca, hija única del judío Abel Ruzafa.

—Con profundo pesar—le dice Sahagún al verle—me veo encargado por el rey de ser el ejecutor de unas órdenes cuya crueldad inusitada me estremece. Ignoro el delito que habeis cometido; pero a juzgar por su pena ha debido ser enorme.

—¡Yo!—interrumpió el hebreo—¡yo he cometido un delito!

—Sin duda ninguna habrá sido así cuando el mismo rey me ha dado la orden que me trae.

—¡La orden que os trae! ¡Dios de Is-

rael! ¿y qué orden es esa?—exclamó ya trémulo el judío.

—Si os he decir la verdad, es una orden terrible.

—¿Venís acaso a prenderme? ¿Se trata quizás de encerrarme en una prisión cargándome de cadenas?

—¡Ojalá! Las puertas de una prisión se abren algunas veces.

—¡Sacra Jerusalen! ¿Quieren darme de palos, mutilarme por ventura?

—Más os valiera en verdad, ese suplices cruel; pero no mata.

—¿Pues qué—interrumpe Ruzafa entre sollozos—corre peligro mi vida? El rey, siempre conmigo tan bueno, que con tanta bondad me hablaba hace pocas horas, querrá... No, no puedo creerlo. Acabad, acabad, por el Dios de Abraham, porque la misma muerte no me asustará más que esta horrible incertidumbre.

—Pues bien, Ruzafa, valor y sabedlo de una vez. D. Pedro ha dado la orden de que busque quien os diseque, rellenándoos de paja, porque quiere, según me ha dicho, conservaros.

—¡Disecarme! ¡Rellenarme de paja! Por fuerza estáis loco—dijo el pobre judío.

—Lo repito y no estoy loco; la orden del rey es que os diseque, rellenándoos de paja.

—Lo dicho, o habeis perdido la razón, o su alteza no ha conservado la suya. ¿Se diseca acaso a una persona como si fuera un oso, un lobo o alguna fiera salvaje?

—Lo mismo he pensado yo, y aún he hecho en obsequio vuestro y por amor a vuestra hermosa hija lo que nunca me hubiera atrevido a imaginar siquiera. Por

respeto a vos y exponiéndome gravemente quizás, he manifestado al rey mi repugnancia y hasta he aventurado algunas, aunque justas, severas observaciones, las cuales, lejos de apiadarle, le han irritado más y más, mandándome salir y ejecutar su orden al momento.

Imposible es pintar el terror, la cólera y la desesperación de Abel Ruzafa después de oír a Sahagún, el cual dejó por algún tiempo que el mísero judío diera rienda suelta a su dolor, concediéndole después una hora para arreglar sus asuntos, y despedirse para siempre de su hija.

A los gritos de dolor, a los tristes y lastimeros sollozos del judío, acudió solícita Rebeca y entonces ésta y su padre de consuno lloran, piden, suplican de rodillas a don Diego deje que Abel Ruzafa escriba una carta al rey implorando su misericordia y demandándole gracia.

Conmovido por las lágrimas de Rebeca y por las ardientes del anciano cede Sahagún al fin y llega hasta encargarse de hacer que la carta del hebreo llegue a manos del rey, para lo cual, no atreviéndose a ir directamente al alcázar, se dirige a toda prisa en busca de don Juan de Albuquerque, favorito por aquel entonces, del monarca castellano.

Oye Albuquerque a don Diego, y creyendo imposible que don Pedro haya mandado disecar a Abel Ruzafa, corre al alcázar y cuenta al rey lo que ocurre.

—¡Pardiez— exclama don Pedro sin dejar acabar al favorito—ese diablo de Sahagún ha perdido la cabeza! Vete y dí a ese loco que en el acto ponga en libertad a mi pobre tesorero, si es que por fortuna no ha muerto a estas horas de terror.

Don Juan de Albuquerque sale, ejecuta la orden recibida, vuelve y encuentra al rey dando alegres y estrepitosas carcajadas.

—Ya sé la causa de esto,—le dice sin cesar de reír don Pedro—ya sé la causa de esta escena cómica para mí y terrible para ese pobre diablo. Tenía un perro a quien dí por un antojo el nombre de mi tesorero y como murió esta mañana encargué a Sahagún hiciera disecar a Ruzafa puesto que deseaba conservarlo. Es más como ví que don Diego cuando le dí la orden vaciló en obedecerla y hasta opuso cierta resistencia, pensando que lo hacía por creer indigna de él semejante comisión, le mandé salir de mi presencia y ejecutar sin excusa alguna mi mandato. ¡Buena la hace, por mi fe, si por equivocación fatal, hace disecar al judío!

PENSAMIENTOS

—
¿Cuál es el mejor gobierno? Aquel que nos enseñe a gobernarnos a nosotros mismos.

—
La última y mejor fruta, que llega tarde a perfeccionarse, aun en las almas más bondadosas, es la ternura para con los duros, la tolerancia para con los intolerantes, el calor de corazón para con los corazones fríos, filantropía para con los misántropos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año: en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.*—Librería Naclo-Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72